

hay una multitud de sobreentendidos y entre ellos está precisamente el admitir que el beso se ha realizado. Pero con relación al cine pasa exactamente lo contrario. Aquí el callar se transforma en intensa dicción. Resulta pernicioso en extremo para una película e intolerable para el espectador que las acciones se apunten intencionalmente y no acaben en imágenes.

El galán atrae hacia sí a la dama, la oprime con las manos la parte superior de los brazos, ademán cinematográfico que ha sustituido al zoológico de aprisionar por el talle y se inclina hacia ella, mientras la actriz da a su fisonomía un matiz de dulce espera. Si la intención no se realiza en imágenes, aunque tengamos motivos suficientes para suponerla cumplida nos invade, como espectadores, un desazonante sentimiento de grima.

La falta de reticencia en el «cine» hay que conexionala, como partes de una misma verdad, con aquella afirmación del principio de que lográbamos transcender la realidad habitual sumiéndonos en lo que está dado espacio-temporalmente en el mundo.

En efecto si el cine expresa su sentido a través de una especialización tridimensional de todo lo que recoge, como esta tridimensionalidad es propiedad inherente a las «cosas», resulta que son estas mismas representadas las que operan, «cho-can» sobre nosotros, abriéndonos su remoto sentido.

Al llegar a este momento de nuestra reflexión conviene advertir que aunque nuestro estudio es puramente fenómeno lógico y por lo tanto no hace sino sacar a luz una cierta realidad por un procedimiento mostrativo y no demostrativo, cabe que alteremos la realidad de lo fenomenizado en cuanto a su valoración objetiva, es decir, que los objetos dados en el mundo subcreado por el cinematógrafo potencien su existencia, que sea simplemente su existencia cinematográfica y que por tanto no se puede, partiendo de este dato, concluir respecto de

